

... para el porvenir de Sigognac la unificación de las
 dia rechazados siempre por los señores que en el tiempo
 de fortuna no podían servir a los señores de las tierras que
 podían decaer a su poder. Sigognac se acordó con un abad
 a quien se la había pedido cuando se veía despreciado por
 sus señores como un pariente lejano. Pero todo cuanto
 ella podía hacer era guardar una inalterable fidelidad,
 pues no se atrevía a hablar a favor de él ni al principio ni al
 Vallombrose solo venía a habitar en casa de sus
 y en la que al fin se usaba de una intención
 maliciosa. También se le ocurrió a Isabel, cuando
 cuando no había pronunciado el nombre de Sigognac
 a Isabel, estaba decidido por fin completamente a su favor
 manzanas pasaron a Isabel por el poder. Y como Isabel se
 dirigieron por una alameda a las copas de los sauces. Allí
 les examinaban en forma de deberes en el momento
 a Isabel. De regreso al castillo de Isabel se le ocurrió
 o Isabel halló ya resuelto el todo por lo tanto podría
 permitirse para salir sola a la vez a la
 — Como Isabel estaba resuelta a abandonar a Isabel
 — Si Isabel no se había de hacer un viaje de algunos días
 — respondió con abandono Vallombrose, así se verá un
 el efecto, al día siguiente, después de despedirse del prin-
 cipe, quien no puso la menor objeción, y la habiendo don-
 to Isabel y enigmático de Isabel. «Hasta la vista, Isabel,
 razón a Isabel, que se le ocurre a Isabel, que Isabel
 biese tenido suficiente grandeza de alma para perdonar la
 generosidad no exigía que se le admitiera en la fa-
 milia. Era preciso pues renunciar a toda esperanza de recon-
 ciliación. Por otra parte el príncipe no vería jamás con buenos
 ojos al que había puesto en peligro la vida de su hijo.
 Estas reflexiones sumergían a Isabel en una melancolía que
 en vano la joven trataba de sacudir. Mientras permaneció en
 su estado de comedia, se había considerado como un obs-

CAPITULO XIX

ORTIGAS Y TELARAÑAS.

Como el conde de Harod era prudente, Sigognac resolvió
 seguirlo por una parte, desde que Isabel se había transfor-
 mado en conde en señora de este rango, cada le reconvino ya
 en la compañía. Era preciso despojarse por algún tiempo
 sepultarse en el olvido, hasta que los rumores levantados por
 la muerte probable de Vallombrose se hubiesen adormi-
 do. Así es que después de haberse despedido, no sin experi-
 mentar cierta emoción de aquellos honrados cómicos que
 tantas pruebas de afecto le daban, Sigognac se alejó de Pa-
 ris, montado en un ligero jaco, con los bolsillos bien provistos
 de pistolas, producto de su parte de beneficiario. A pocas
 jornadas se dirigió hacia su arruinado castillo, a una morada
 donde podía refugiarse. En su desesperación, experimentaba
 una especie de placer al regresar a la pobre morada de su
 padres, que tal vez hubiera hecho mejor en no abandonar.
 En efecto, su fortuna no había mejorado mucho, y su última
 aventura no podía menos de serle perjudicial.
 — Estaba predeterminado a morir de hambre y de fastidio

ORTIGAS Y TELARAÑAS.

detrás de esos agritados muros, bajo ese techo á través del cual pasa el agua de las nubes como por los agujeros de una criba,—se decía á sí mismo mientras iba caminando.—No, die puede esquivar su suerte y yo cumpliré la mía: será el último de los Sigognac.

Indiferente á las palabras de los señores de la casa de Barón, que para él eran como las palabras de un extranjero, aliente algunos minutos en el jardín, y al volver á su habitación que él creía su casa, se encontró á la puerta de los torres de su castillo, el capitán Estrebadó.

CAPÍTULO XIX.

—La vista de aquellas ruinas que se elevaban en Barón, mucho más allá de lo que él había imaginado, y sin embargo tan cerca de él, le impresionó profundamente. Él se había creído que el castillo de Sigognac estaba en ruinas, pero al verlo en su estado actual, se dio cuenta de que era una ruina viva.

ORTIGAS Y TELARAÑAS.

Como el consejo de Herodes era prudente, Sigognac resolvió seguirlo; por otra parte, desde que Isabel se había transformado de cómica en señora de alto rango, nada le retenía ya en la compañía. Era preciso desaparecer por algún tiempo, sepultarse en el olvido, hasta que los rencores levantados por la muerte probable de Vallombreuse se hubiesen adormecido. Así es que después de haberse despedido, no sin experimentar cierta emoción, de aquellos honrados cómicos que tantas pruebas de afecto le dieron, Sigognac se alejó de París, montado en fogoso jaco, con los bolsillos bien provistos de pistolas, producto de su parte de beneficios. A pequeñas jornadas se dirigió hácia su arruinado castillo, única morada donde podía refugiarse. En su desesperación, experimentaba una especie de placer al regresar á la pobre morada de sus padres, que tal vez hubiera hecho mejor en no abandonar. En efecto, su fortuna no había mejorado mucho, y su última aventura no podía ménos de serle perjudicial.

—Estaba predestinado á morir de hambre y de fastidio

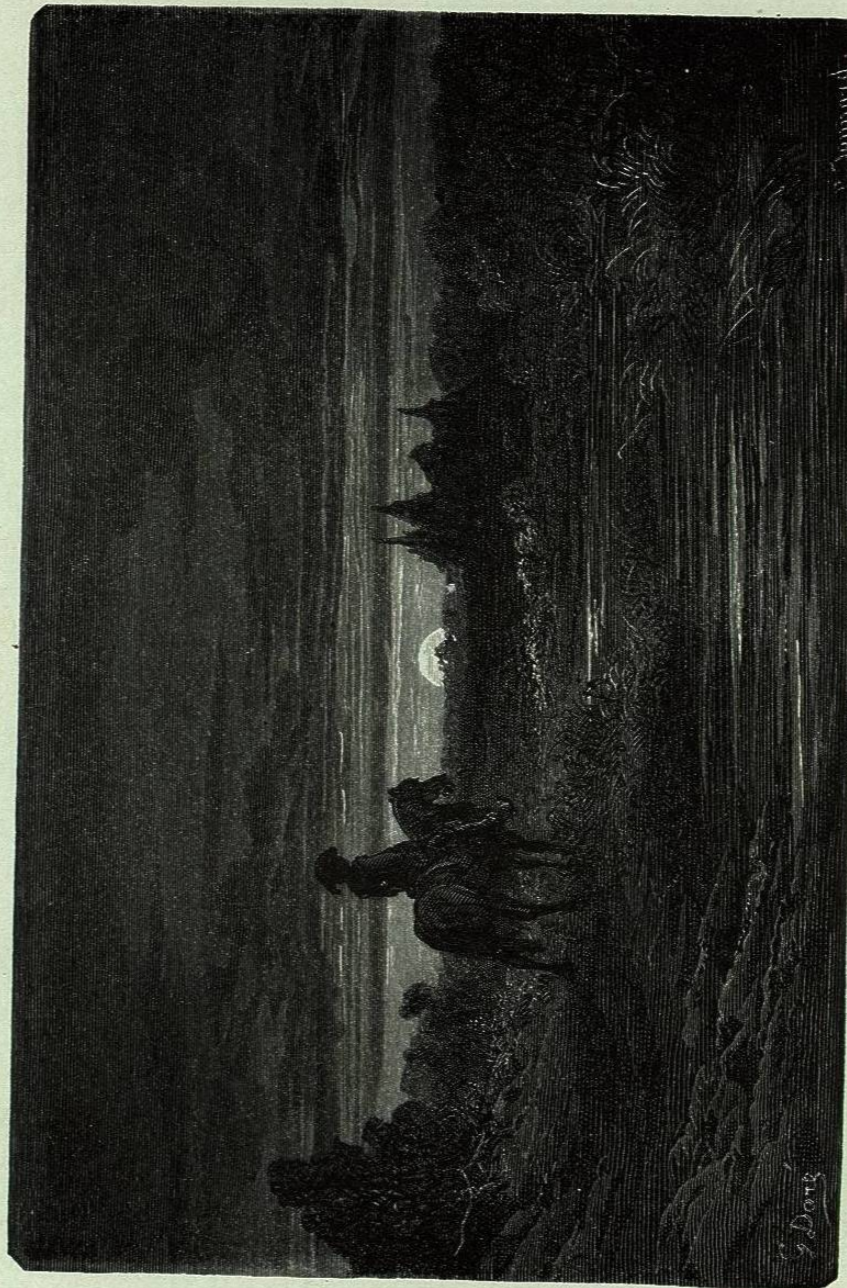
detrás de esos agrietados muros, bajo ese techo á través del cual pasa el agua de las nubes como por los agujeros de una criba,—se decia á sí mismo mientras iba caminando.—Nadie puede esquivar su suerte y yo cumpliré la mia: seré el último de los Sigognac.

Inútil es que describamos *in extenso* el viaje del Baron, que duró unos veinte días y al que no proporcionó aliciente alguno ningun encuentro agradable. Bastará que digamos que al caer de una tarde Sigognac divisó de léjos las dos torres de su castillo, iluminadas por los débiles rayos del sol poniente.

La vista de aquellas vetustas paredes enterneció al Baron; mucho habia sufrido dentro de aquel arruinado castillo, y sin embargo experimentó, al verlo de nuevo, la emocion que nos causa el encuentro de un antiguo amigo de quien la ausencia nos ha hecho olvidar los defectos. Allí su vida se habia deslizado pobre, oscura, solitaria, aunque no sin íntimas satisfacciones, pues la juventud, por la razon misma de que sueña y espera, no puede ser desgraciada del todo. La costumbre de una pena acaba por tener su atractivo, y uno echa de ménos ciertas tristezas más que ciertas alegrías.

Sigognac puso las piernas á su caballo para hacerle apresurar el paso y llegar antes que la noche cerrase.

En medio del profundo silencio que reinaba en la campiña, oíase el ladrido de un perro, que daba al viento su ronca voz como para distraer el fastidio. Sigognac detuvo el caballo para escuchar mejor. Habia creído oír la voz de Miraut. El ladrido fué aproximándose por momentos y pronto se trocó en alegre y reiterado aullido, entrecortado por los saltos de una rápida carrera; Miraut habia venteado su amo, y corría con toda la celeridad que le permitian sus viejas patas. El baron silbó de un modo especial, y algunos minutos despues el bueno y leal perro, abriéndose paso entre las malezas, apareció aullando, gimiendo, exhalando gritos casi humanos. Aunque sin aliento y jadeante, el pobre can saltaba y



AL CAER DE UNA TARDE PERCIBIÓ DE LÉJOS LAS TORRES DE SU CASTILLO.

procuraba encaramarse á la silla para alcanzar hasta su amo, y daba las más extravagantes muestras de alegría canina que jamás haya manifestado animal alguno de su especie. El mismo Argos al reconocer á Ulises en casa de Eumea no experimentó el contento que Miraut. Sigognac se bajó y le pasó la mano por la cabeza para calmar aquella furia simpática.

Satisfecho de la acojida que le habia dispensado su amo, y queriendo llevar la buena nueva á los habitantes del castillo, es decir á Pedro, á Bayardo y á Belzebú, Miraut partió como un rayo y se puso á ladrar de tal suerte delante del anciano criado, que en aquel momento estaba sentado en la cocina, que este comprendió que ocurría algo extraordinario.

—¿Acaso regresaria el señor Baron?—dijo para sus adentros Pedro levantándose y echando á andar tras de Miraut, quien tiraba de él por la orilla de su sayo.

Como la noche habia cerrado del todo, Pedro encendió en el hogar donde se cocia su frugal cena un tizon resinoso, y salió. El rojizo brillo de la tea alumbró súbitamente á Sigognac y á su caballo á la entrada del camino.

—¿Sois vos, señor Baron?—exclamó con alegría el honrado Pedro al ver á su señor;—Miraut me lo habia dicho ya en su lenguaje de perro; pues aquí nos hallamos tan solos que, bestias y personas, no teniendo nadie más con quien hablar, acabamos por comprendernos. Sin embargo como no me habíais prevenido vuestro regreso, temia engañarme; esperado ó no, sed bienvenido en vuestros dominios, donde se procurará festejaros del mejor modo posible.

—Sí, yo soy en carne y hueso, mi buen Pedro, Miraut no te ha engañado; yo, que, sino más rico, vuelvo sano y salvo. Ea, vé delante alumbrando y entremos en el castillo.

Pedro, no sin esfuerzo, abrió las hojas de la carcomida puerta, y el baron de Sigognac pasó por debajo el portal iluminado fantásticamente por los reflejos de la antorcha, á cuyo brillo las tres cigüeñas esculpidas en el escudo de la bóve-